

**CRÍTICA DE LIBROS**  

---

**BOOK REVIEWS**



LÓPEZ ALÓS, JAVIER (2019). *CRÍTICA DE LA RAZÓN  
PRECARIA. LA VIDA INTELECTUAL ANTE LA OBLIGACIÓN  
DE LO EXTRAORDINARIO*. MADRID: LOS LIBROS DE LA  
CATARATA

**Maria Medina-Vicent**

Universitat Jaume I, España  
medinam@uji.es

<http://orcid.org/0000-0002-2716-6786>

**Cómo citar / Citation**

Medina-Vicent, M. (2020) “Crítica de libro: López Alós, Javier (2019). Crítica de la razón precaria. La vida intelectual ante la obligación de lo extraordinario. Madrid: Los libros de la Catarata”. *OBETS. Revista de Ciencias Sociales*, 15(2): 749-756. <https://doi.org/10.14198/OBETS2020.15.2.13>

Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia de uso y distribución Creative.

Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0).

Recibido: 10/10/19. Aceptado: 10/11/20

Cualquier persona que se haya propuesto escribir y poner en diálogo las propias experiencias vitales con las dimensiones estructurales sobre las que éstas se construyen, sabrá que resulta complicado mantener en equilibrio ambas partes. Sin embargo, Javier López Alós consigue establecer dicho equilibrio de una forma exitosa en su obra *Crítica de la razón precaria. La vida intelectual ante la obligación de lo extraordinario*, donde explora la relación entre precariedad y vida intelectual poniendo el acento en la dimensión de los procesos racionales sobre los que se construyen las identidades contemporáneas.

Esta obra es, además, un testimonio claro de las diferencias vitales entre las carreras académicas que se iniciaron hace décadas, y las que hoy tratan de despegar. Trayectorias volátiles y resbaladizas donde puede sentirse identificada la juventud que trata de hacerse un hueco en la academia hoy. Es por esto que para gran parte de las personas que se acerquen a la recomendable lectura de esta obra, será sencillo conectar con muchas de las cuestiones que se plantean a lo largo de sus páginas. Se trata pues, de una obra que refleja las condiciones vitales y laborales de toda una generación que ha crecido, y sigue creciendo, forjando un proyecto vital y laboral en un terreno pantanoso, cuyas condiciones incitan al autor a hablar del “preariado intelectual”, concepto que revela que “la precariedad afecta a individuos singulares, pero no es un asunto individual” (p. 18).

En la primera parte de la obra, titulada “Precariedad y afectos” (pp. 29-84), el autor sitúa la reflexión en el marco de la generación desde la que habla, una generación cuya experiencia se aleja de la estabilidad laboral o vital, y cuya vocación se ha forjado mirando a los ejemplos, ahora inalcanzables, de las generaciones precedentes. En el campo del trabajo intelectual, aquellas figuras que se han constituido como ejemplos a seguir, se han convertido ahora en un espejo de un tiempo al que ya no podemos acogernos. Las condiciones laborales y estructurales no permiten que estas nuevas generaciones puedan imaginar llegar a desarrollar las carreras intelectuales que antes sí se podían transitar. De aquí el autor nos deriva a otra cuestión central, la del reconocimiento y su cambio de significado social en los últimos años, pasando de ser una cuestión de estatus y reputación ganada a través de los años, a adquirir la mera consideración de llegar a ser visto como un profesional que forma parte del campo laboral. Es decir, ser reconocido como parte de la academia no es ya una cuestión de estatus social, sino una recompensa emocional para la supervivencia personal.

Si se traslada esta cuestión al ámbito de los individuos en su relación con las instituciones, surge un concepto de gran interés, el “saber expulsado”, referido a la obra de aquellos productores que son expulsados de los circuitos laborales o contractuales de los centros de generación de conocimiento. ¿Qué ocurre cuándo estas personas ya no tienen relación contractual con, por ejemplo, las universidades? Tal y como indica López Alós, “no hay ninguna diferencia sustancial en cuanto a sus estándares de calidad ni sus requerimientos formales entre remunerados y no remunerados, lo que significa que todos actúan como

profesionales, incluso los académicos desempleados” (p. 41). La pertenencia institucional ya no significa demasiado para aquellas personas que se dedican al trabajo intelectual, ya que, estés o no contratado, toda actividad se dirige al cumplimiento de los protocolos de evaluación, que aumentan sin lugar a dudas las contradicciones vitales de unas personas que no tienen garantías de que dicho trabajo se vea en algún momento reconocido, acabando por formar parte de un círculo perverso en el que nunca nada es suficiente, y en el que hay que seguir produciendo, aún sin unos ingresos que así lo permitan.

Dicha cuestión se encuentra en estrecha relación con lo que se ha convertido en práctica habitual de la vida profesional del mundo creativo e intelectual, esto es, la autoexplotación y la inversión extrema en uno/a mismo/a (p. 52). Dicha autoexplotación puede ser entendida como la necesidad de una constante reinversión personal e inversión en las capacidades de cada cual, algo que según López Alós se erige en una especie de violencia autoinflingida pero premeditada por el sistema. La persona se convierte así en el espacio de trabajo, un espacio siempre disponible y en estado de alerta laboral permanente. Y es que, la flexibilidad se convierte en una cuestión de supervivencia en un entorno altamente competitivo. Así pues, tal y como señala el autor, una de las cuestiones más reveladoras se centra en darse cuenta de que en dicho sistema “ni tan siquiera puede decirse que aquellos que triunfan en realidad ganen. Primero, porque nunca es suficiente y siempre debe aspirarse a más. Segundo, porque el triunfo tiene lugar al coste de tener que perder demasiado por el camino” (p. 62). Sin duda, cualquier persona que trabaje en el mundo académico podrá sentirse identificado/a con estas palabras.

En relación a esta cuestión, López Alós aborda otra de las dimensiones clave de esta nueva razón precaria en el trabajo intelectual, hablamos de “la provisionalidad de los referentes espaciales” (p. 68). Con esta terminología, el autor se refiere a la movilidad académica entendida como la obligatoria necesidad de moverse para no ser expulsado del mundo académico. De este modo, se consigue disfrazar de movilidad lo que realmente es el éxodo o exilio de personas que no han podido permanecer en sus centros universitarios por diversas razones. La vida nómada responde en cierta medida a la expectativa de la búsqueda de oportunidades y la mejora del bagaje, sin embargo, la realidad que se deriva de esta práctica lleva implícitas ciertas cuestiones como el aumento de la competitividad y la precariedad, que se ven acuciadas por las condiciones institucionales en las que estas personas son acogidas.

Esta realidad lleva aparejada una de las mayores dificultades para la persona precaria, esto es, la de elaborar un relato de su propio transitar. Un relato en el que lo profesional y lo personal se encuentran tan enrevesados que resulta casi imposible dejar de lado la ocupación como centro signifiante de las identidades (p. 75).

En la segunda parte de la obra, titulada “Precariedad y vida intelectual” (pp. 85-138), el autor comienza planteándose si las Humanidades están contribuyendo a la reducción de la precariedad, o si por el contrario, la conciben como un mal del que debemos protegernos cada cuál individualmente. En este marco donde prima el principio de utilidad economicista propio del mercado, señala el autor que las Humanidades han acabado por convertirse en una especie de receta individual para el beneficio personal, como se podría hablar por ejemplo del ejercicio físico. Además apunta que el cultivar las artes y las letras sigue siendo concebido socialmente como una actividad idealizada, algo semejante a un privilegio. En esta concepción se obvia la precariedad que subyace a la vida de la mayor parte de personas que nos dedicamos a dichos campos, y que al final estamos sujetos a los mismos criterios productivistas que otras ciencias. De este modo, cabe retomar una concepción y uso de las Humanidades que no se vanaglorie de su inutilidad, sino, que reivindique su carácter transformador y su capacidad de influencia en el accionar de los sujetos, las siguientes palabras resumen muy bien esta idea: “Hoy más que nunca, las humanidades demandan un compromiso práctico que bien cabe sintetizar en el *saber por el hacer*, donde incluso ese mismo saber implica, en lo que escapa a las determinaciones ideológicas de la utilidad neoliberal, un gesto de resistencia y rebeldía compatible con el *no hacer*” (p. 94).

Por otro lado, el autor aborda otra de las dimensiones clave del trabajo cultural hoy, esto es, aquella que se refiere a la promoción de uno/a mismo/a. Redes académicas como LinkedIn, ResearchGate o Academia.edu son algunos ejemplos de la creciente importancia que tiene el tornarse visibles a los demás, de generar valor, básicamente, de existir. Como señala López Alós, “ser es ser percibido” (p. 98), el problema es que la necesidad de ser vistos acaba configurándose como una especie de mecanismo disciplinario que regula nuestro comportamiento personal y profesional, acabando por primar nuestro valor más que el valor de las cosas que hacemos. En este punto de la obra, y tratando de aportar mi visión de dicha lectura, creo que la cuestión de la exposición pública del trabajo no responde tanto al miedo a no ser nadie,

a la irrelevancia o a caer en el olvido (p. 101), como al miedo a perder en algún momento el trabajo. Es decir, la exposición, desde mi punto de vista, no es tanto un ejercicio de egocentrismo –que en casos aislados puede darse–, sino un intento por reclamar respeto y valor en un contexto donde ambas cuestiones brillan por su ausencia. Así pues, la cuestión es mucho más básica: se trata de sobrevivir, de hacerse visible para reivindicar el valor de lo que hacemos, para reclamar el valor que no nos dan.

Al mismo tiempo, señala el autor que los criterios de productividad constante y la presión por constituirse en su propia marca, acaban por cultivar un sentimiento de desconfianza que torna muy compleja la generación de colaboraciones y escenarios en los que el trabajo cooperativo sean los principios rectores. A esto se suma la imposibilidad de estar actualizado y al día, debido a la ingente cantidad de productos culturales que se publican, resulta muy difícil poder acceder a dichos contenidos, pero ante todo, impide efectuar reflexiones profundas y con una mirada histórica, algo que al final va en detrimento del propio trabajo intelectual. Pero esto empeora para aquellas personas que encontrándose fuera de los flujos de la academia, ven mermada incluso su capacidad para acceder a dichos productos. Esto tiene mucho que ver con aquello pensable y aquello posible de hacer, es decir, con los límites físicos, psíquicos y sociales que tiene el sujeto. Recuperar una visión histórica, estructural y personal de las propias trayectorias se vuelve necesario en un contexto donde la exigencia de trabajo y mérito se vuelve inalcanzable. La confianza y la autoestima son dos dianas sobre las que cae el peso de lo que entendemos como fracasos, pero no son más que el resultado de las circunstancias que nos envuelven. Sería algo así como escalar una gran cumbre en pantalón corto y camiseta, señala acertadamente el autor.

Y es que, escalar dicha cumbre en condiciones precarias implica adoptar una lógica del sacrificio. En aras de la integración laboral o de la garantía de un futuro en el mismo, el sacrificio se prescribe por parte de aquellos que tienen el poder y que piden al más débil sacrificarlo todo por una garantía de supervivencia que realmente ni ellos mismos pueden llegar a garantizar: “(...) prescribir el sacrificio es siempre un acto de poder y forma parte de su abuso el hecho de que quienes lo postulan como inevitable no necesariamente se distinguen por dar ejemplo al respecto” (p. 124). El sacrificio se convierte en parte del sistema y en un requisito para permanecer en él (quién sabe en qué condiciones). En este sentido, López Alós lleva a cabo una reflexión que

resulta altamente interesante, y es que, en la retórica académica se apela al sacrificio y no a la renuncia, cuando este último concepto sería quizás más adecuado, porque apela a la inexistencia de expectativas que una vez fueron importantes para nosotros. El concepto sacrificio mantiene una especie de objetivo final que mueve a la acción, aunque esconde la realidad precaria que caracteriza a la existencia del sujeto, mientras que la renuncia revela el abandono de toda expectativa de mejora o de poder escoger en realidad hacer una cosa u otra.

Después de realizar este excelente análisis de la razón precaria, López Alós propone salidas para escapar de la trampa. Diferencia entre precario intelectual e intelectual plebeyo centrándose en el mundo de la investigación universitaria. Ambos conceptos comparten la inevitable vulnerabilidad y subalternidad sobrevenida. La condición precaria conlleva inestabilidad y fragilidad, pero también cierta esperanza de cambio; mientras que el plebeyo siente que no hay expectativa de cambio. Además, en el primer concepto, la precariedad es esencial, condiciona los modos en que se vive y piensa, mientras que el calificativo de intelectual parece recordar aquello que no se ha alcanzado o que se ha perdido por el camino. En el segundo caso, la condición de plebeyo no es necesariamente definitiva, sino que se convierte en una forma de mirar el mundo, de reclamar una vida intelectual legítima aunque se sea plebeyo. Sea como sea, algo queda claro después de leer esta obra, y es que cabe reconciliarse con el principio de realidad mediante acciones que nos permitan transformarla, por ejemplo, creando entornos donde no se estigmatice la vulnerabilidad, y deshaciéndose de la dualidad éxito-fracaso sobre la que se dibuja nuestra experiencia laboral y vital.

En definitiva, la obra de Javier López Alós realiza una radiografía, o quizás se podría definir mejor como un electroencefalograma de la razón precaria en la vida intelectual. Cómo actuamos, porqué lo hacemos, y qué retóricas se utilizan diariamente para esconder la fragilidad que caracteriza a las trayectorias de la industria creativa, cultural y académica de aquellas personas que forman parte de la generación del autor y también de la que yo misma formo parte.



## NOTA BIOGRÁFICA

### MARIA MEDINA-VICENT

Profesora Ayudante Doctora en el Dep. de Filosofía i Sociologia de la Universitat Jaume I. Doctorado Internacional en Ética y Democracia por la UJI (Premio Extraordinario de Doctorado, Premio de la Real Academia de Doctores de España 2018 en la Categoría de Humanidades /// Premio de Tesis Doctorales del Comitè Econòmic i Social de la Comunitat Valenciana para tesis defendidas en 2018).

